

abajo sin solucion. Por esto el orden en la sociedad, por más perfecto que se le suponga, no desterrará jamás la amargura y el hastío: la felicidad en este mundo es un ideal que estamos condenados á perseguir siempre, pero que el antagonismo indestructible de la naturaleza y el espíritu pone fuera de nuestro alcance.

Si hay una continuacion de la vida humana en un mundo ulterior, ó si la ecuacion suprema sólo se realiza para nosotros por el retroceso á la nada, es un secreto que yo desconozco completamente, porque, hoy por hoy, nada me permite afirmar lo uno ni lo otro. Todo lo que puedo decir, es que nosotros vamos más léjos con el pensamiento de lo que podemos alcanzar, y que la última fórmula á que la humanidad viviente pueda llegar, la que debe comprender todas sus posiciones anteriores, es todavía el primer término de una nueva é indescriptible armonía.

El ejemplo del crédito servirá para hacernos comprender esta reproduccion sin fin del problema de nuestro destino; pero ántes de entrar en el fondo de la cuestion, digamos algunas palabras sobre las preocupaciones generalmente esparcidas con respecto al crédito, y procuremos comprender bien su objeto y su origen.

§ I.—Origen y filiacion de la idea del crédito.—Preocupaciones contradictorias relativas á esta idea.

El punto de partida del crédito es la moneda.

En el capítulo II hemos visto de qué manera, por un conjunto de circunstancias favorables, el valor del oro y de la plata se constituyó ántes que el de las demás mercancías: pues bien; gracias á esto, la moneda llegó á ser el tipo de todos los valores va-

gos y oscilantes, es decir, de todos los valores no constituidos socialmente, no establecidos de una manera oficial. En el mismo capítulo quedó demostrado que si el valor de todos los productos estuviese determinado, si fuese aceptable, como el de la moneda, en toda clase de pagos, la sociedad; por este solo hecho, habria llegado al más alto grado de desarrollo económico que puede alcanzar relativamente al comercio. La economía social no estaria entonces, como lo está hoy en lo que al cambio se refiere, en estado de simple formacion, sino que se encontraria en estado de perfeccionamiento. La produccion no estaria definitivamente organizada; pero ya el cambio y la circulacion lo estarian, y bastaria que el obrero produjese sin cesar, ya reduciendo sus gastos, ya dividiendo su trabajo y descubriendo mejores procedimientos, ya inventando nuevos objetos de consumo y venciendo á sus rivales ó sosteniendo la lucha con ellos, para que conquistase la riqueza y asegurase su bienestar.

En ese mismo capítulo hemos hecho conocer la inteligencia del socialismo respecto á la moneda, y hemos demostrado, refiriendo esta invencion á su principio, que lo que debíamos condenar en los metales preciosos, no era el uso, sino el privilegio.

Y en efecto: en toda sociedad posible, aunque sea comunista, se necesita una medida del cambio, so pena de violar el derecho del productor ó del consumidor y hacer la reparticion injusta. Pues bien: hasta que los valores estén generalmente constituidos por un método de asociacion cualquiera, es preciso que un producto, aquel cuyo valor parezca más auténtico, mejor definido, ménos susceptible de alteracion, y que á estas ventajas reuna la de una gran facilidad de conservacion y de transporte, se tome por tipo, es decir, por instrumento de circula-

cion y por paradigma de los demás valores. Es, pues, inevitable que este producto, verdaderamente privilegiado, llegue á ser objeto de todas las ambiciones, paraíso en perspectiva del trabajador y paladium del monopolio; que á pesar de todas las prohibiciones, este precioso talisman circule de mano en mano, invisible á las miradas de un poder celoso; que la mayor parte de los metales preciosos, sirviendo al numerario, quede retirada de su verdadero uso, y se convierta, bajo la forma de moneda, en capital dermido, en riqueza que no se consume; que en calidad de instrumento de los cambios, se tome el oro por objeto de especulacion y sirva de base á un inmenso comercio; y por último, que, protegido por la opinion, y gracias al favor del público, adquiera el poder y ponga fin á la comunidad. Para destruir esta potencia formidable, no es necesario destruir el órgano, podemos decir el depositario, no; basta generalizar el principio haciéndolo extensivo á toda clase de productos. Estas proposiciones están tan bien demostradas y tan rigurosamente encadenadas las unas á las otras, como los teoremas de la geometría.

El oro y la plata, las mercancías que primero se constituyen en valores, una vez tomadas por medida de los demás y convertidas en instrumentos universales del cambio, todo comercio, todo consumo, toda produccion depende de ellas. Precisamente, por lo mismo que el oro y la plata adquirieron en el más alto grado los caracteres de sociabilidad y de justicia, llegaron á ser sinónimos de poder, de imperio y casi de divinidad. El oro y la plata representan la vida, la inteligencia y la virtud comerciales: un cofre lleno de monedas es un arca santa, un arca mágica que dá, á los que tienen la facultad de introducir en ella sus manos, la salud, la riqueza, el placer y

gloria. Si todos los productos del trabajo tuviesen el mismo valor en cambio que tiene la moneda, todos los trabajadores gozarian de las mismas ventajas que disfruta el tenedor de dinero; cada uno poseeria en su facultad de producir un manantial inagotable de riqueza; pero la religion del dinero no se puede abolir, ó mejor dicho, la constitucion general de los valores sólo se puede realizar por un esfuerzo de la razon y de la justicia humanas; y mientras ese esfuerzo no se haga, así como en una sociedad civilizada la posesion del numerario es un signo seguro de riqueza, es inevitable que la falta de dinero sea tambien un signo casi infalible de miseria. Siendo, pues, la moneda el único valor que lleva el timbre de la sociedad, la única mercancía aquilatada que tiene curso en el comercio, la moneda es, como la razon general, el ídolo del género humano. La imaginacion atribuye al metal lo que es efecto del pensamiento colectivo manifestado por el metal, y todo el mundo, en vez de buscar el bienestar en su verdadera fuente, es decir, en la socializacion de todos los valores, en la creacion incesante de nuevas figuras monetarias, ha pensado exclusivamente en adquirir dinero, dinero, y siempre dinero.

Para responder á este pedido universal de numerario, que en el fondo no era más que una necesidad de subsistencias, de cambio y de venta, en vez de marchar directamente al fin, la sociedad se detuvo en el primer término de la série, y en vez de hacer de cada producto una nueva moneda, sólo pensó en multiplicar hasta donde pudo la moneda metálica: primero, perfeccionando su fabricacion; despues facilitando su emision, y más tarde por medio de ficciones. Evidentemente, esto era equivocarse sobre el principio de la riqueza, sobre el carácter de la moneda, el objeto del trabajo y la condicion del

cambio; esto era retrogradar en la civilización reconstituyendo en los valores el régimen monárquico que ya empezaba á alterarse en la sociedad. Y sin embargo, tal es la idea fundamental que hizo nacer las instituciones de crédito, y tal es la preocupación capital que hace antagónicas en su misma concepción todas estas instituciones.

Pero, como lo hemos dicho repetidas veces, la humanidad, aún obedeciendo á una idea imperfecta, no se engaña en sus miras; y ahora vamos á ver de qué manera, procediendo á la organización de la riqueza por un verdadero retroceso, obró tan bien, tan útilmente y tan infaliblemente, si se tiene en cuenta la condición de su existencia evolutiva, como le era posible hacerlo. La organización retrógrada del crédito, como todas las manifestaciones económicas anteriores, al mismo tiempo que daba á la industria un nuevo empuje, determinó una agravación de miseria: pero en fin, la cuestión social se presentó bajo un nuevo aspecto, y la antinomia, mejor conocida hoy, nos deja concebir la esperanza de una próxima y completa solución.

El objeto ulterior del crédito, desconocido hasta hoy, se reduce á constituir, con el auxilio y sobre el tipo del dinero, todos los valores oscilantes; su objeto inmediato y manifiesto es suplir esta constitución, condición suprema del orden en la sociedad y del bienestar para los trabajadores, por una difusión mayor del valor metálico. El dinero, dijeron los propagadores de esta nueva idea, es la riqueza: si pudiésemos proporcionar dinero, mucho dinero á todo el mundo, todos serían ricos: y en virtud de este silogismo, se desarrollaron sobre la tierra las instituciones de crédito.

Ahora bien: es evidente que si el objeto ulterior del crédito presenta una idea lógica, luminosa y

fecunda, conforme, en fin, á la ley de organización progresiva, su objeto inmediato, único que se busca, único que se quiere, está lleno de ilusiones, y por su tendencia al *statu quo*, de graves peligros. El dinero, como las demás mercancías, está sometido á la ley de proporcionalidad; y si su masa aumenta sin que los demás productos se multipliquen en proporción, pierde de su valor, y en último análisis, nada añade á la riqueza social: por el contrario, si con la moneda la proporción aumenta siguiendo la población la misma ley, en nada habrá cambiado tampoco la situación respectiva de los productores, y en ambos casos la solución que se pide no habrá adelantado un paso. *A priori*, pues, no es cierto que la organización del crédito, en los términos que se presenta, contenga la solución del problema social.

Después de haber referido la filiación y la razón de existencia del crédito, debemos dar cuenta de su aparición, es decir, del rango que se le debe señalar en las categorías de la ciencia. Aquí, sobre todo, es en donde debemos demostrar la poca profundidad y la incoherencia de la economía política.

El crédito es á la vez la consecuencia y la contradicción de la teoría de los cambios, cuya última palabra, como hemos visto, es la libertad absoluta del comercio.

He dicho que el crédito es la consecuencia de la teoría de los cambios, y afirmo que, como tal, es ya contradictoria.

Al punto que hemos llegado en esta historia, á la vez fantástica y real de la sociedad, hemos visto todos los procedimientos de organización y los medios de equilibrio caer los unos sobre los otros, reproduciendo sin cesar, más imperiosa y más terrible que nunca, la antinomia del valor. Habiendo llegado á la sexta faz de su evolución, el géneo social,

obedeciendo á un movimiento de expansion que le impulsa, busca FUERA DE SÍ, en el comercio exterior, la venta, es decir, el contrapeso que le falta. Ahora vamos á verle, defraudado en sus esperanzas, buscar este contrapeso, este mercado, esta garantía del cambio que necesita á todo trance, en el comercio interior, es decir, DENTRO DE SÍ. Por medio del crédito, la sociedad vuelve sobre sí misma; parece comprender que produccion y consumo son para ella cosas idénticas, y que es en su interior y no en una emision indefinida en donde ha de encontrar el equilibrio.

Todo el mundo reclama hoy para el trabajo las instituciones de crédito: esta es la tésis favorita de los Sres. Blanqui, Wolowski y Chevalier, jefes de la enseñanza económica; esta es tambien la opinion del Sr. Lamartine y de uná multitud de conservadores y de demócratas, y de casi todos los que, rechazando el socialismo y con él la quimérica organizacion del trabajo, se llaman, sin embargo, partidarios del progreso. ¡Crédito! ¡crédito! exclaman estos reformadores de vastos pensamientos y de larga vista: el crédito es todo lo que nosotros necesitamos: al trabajo le sucede lo que á la poblacion: uno y otra están suficientemente organizados, y la produccion, cualquiera que ella sea, no faltará. Aturdido el gobierno por estos clamores, se creyó obligado á establecer las bases de la máquina de crédito más formidable que se ha visto, y nombró una comision para reformar la ley de hipotecas.

Siempre el mismo refran: ¡dinero! ¡dinero! dinero es lo que necesita el trabajador: sin moneda el obrero se encuentra tan desesperado como el padre de siete hijos sin pan.

Pero si el trabajo está organizado, ¿cómo es posible que necesite del crédito? Y si es el crédito el que

falta á la organizacion, como pretenden sus administradores, ¿se puede decir que la organizacion del trabajo es completa?

Así como en nuestro sistema de monopolio envidioso, de produccion insolidaria y de comercio aleatorio, es el dinero, el dinero solamente, el que sirve de vehículo al consumidor para pasar de un producto al otro, así tambien el crédito, aplicando en grande escala esta propiedad del dinero, sirve al productor para realizar sus productos, mientras espera el momento de la venta. El dinero es la realizacion *efectiva* del cambio, de la riqueza y del bienestar: el crédito es su realizacion *anticipada*. Pero, como en uno y otro caso, el cambio es siempre el jefe de fila; como es necesario pasar por él para ir de la produccion al consumo, se sigue de aquí que la organizacion del crédito equivale á una organizacion del cambio en el interior, y que, por consiguiente, en el órden del desarrollo económico, sigue inmediatamente á la teoría del libre comercio ó del cambio exterior. Y no servirá decir que el crédito tiene por objeto favorecer más bien la produccion que el consumo, porque con esto no se haria más que alejar la dificultad. Si nos remontamos más allá de la sexta estacion económica, que es el cambio, encontraremos sucesivamente todas las demás categorías, cuyo conjunto expresa la produccion, y son: la policia, el monopolio, la competencia, etc. Y tanto es esto así, que en definitiva, en vez de decir simplemente que el crédito ANTICIPA el cambio y todo lo que es consecuencia del cambio, deberemos decir que el crédito SUPONE, en el que lo recibe, una potencia tal, que por el monopolio, la competencia, los capitales, las máquinas, la division del trabajo y la importancia de los valores, debe vencer á sus rivales: lo cual, léjos de debilitar, fortalece el argumento.

¿Cómo, pues, preguntaría yo á los organizadores del crédito, sin un conocimiento exacto de las necesidades del consumo, y por consiguiente de la proporcion que es necesario dar á los productos consumibles; cómo sin una regla de los salarios, sin un método de comparacion de los valores, sin una determinacion de los derechos del capital y sin una policía del mercado, cosas todas que repugnan á vuestras teorías, podeis pensar seriamente en organizar el crédito, que equivale á decir el cambio, la venta, la reparticion, el bienestar, en fin? Si hablais de organizar una lotería, estamos conformes: pero organizar el crédito, ¡vosotros que no aceptais ninguna de las condiciones que lo pueden justificar! Yo os desafío á que lo hagais. Y si por defender ó paliar una contradiccion, os atreveis á decir que todas estas cuestiones están resueltas; si el cambio está por todas partes completamente abierto para el productor; si la venta de la mercancía está asegurada; si el beneficio es seguro; si el salario y el valor, dos cosas tan variables, están disciplinadas, es evidente que la reciprocidad, la solidaridad, la asociacion, en fin, existen entre los productores; y en este caso, el crédito no es más que una fórmula inútil, una palabra vacía de sentido. Si el trabajo está organizado, y es preciso tener en cuenta que todo lo que acabo de decir constituye la organizacion del trabajo, el crédito es la circulacion misma abrazando toda la evolucion económica, desde la primera forma dada á la materia por el obrero, hasta la destruccion del producto por el consumidor; la circulacion marcha bajo la inspiracion de un pensamiento comun hácia la medida normal del valor, y está libre de todos sus obstáculos.

La teoría del crédito, como suplemento ó anticipa-

cion de la venta, es, pues, contradictoria. Considerémosla ahora bajo otro punto de vista.

El crédito es la canonizacion del dinero, la declaracion de su dominio sobre todos los demás productos; por consiguiente, el crédito es el mentís más formal y más rotundo que puede darse al sistema anti-prohibicionista, y la justificacion flagrante, por parte de los economistas, de la balanza del comercio. Que esos señores aprendan de una vez á generalizar sus ideas, y que nos digan por qué razon, siendo indiferente para un país pagar las mercancías que compra con dinero ó con sus propios productos, necesita á cada momento el numerario; cómo es posible que una nacion que trabaja se aniquile; cómo existe siempre la necesidad del único producto que no se consume, es decir, de dinero: cómo todas las sutilezas imaginadas hasta hoy para suplir la falta de numerario, papel de comercio, billetes de banco y papel moneda, no hacen más que traducir y hacer más sensible esta imperiosa necesidad social. Á la verdad, el fanatismo anti-prohibitivo que caracteriza á la secta economista, no se comprende ni se explica, si se tienen en cuenta los esfuerzos extraordinarios que hace para propagar el comercio del dinero y multiplicar las instituciones de crédito.

¿Qué es el crédito? La emancipacion de un valor empleado, responde la teoría; un acto por medio del cual se hace circulable un valor que ántes permanecía inerte. Hablemos con más claridad: el crédito es el anticipo que hace un capitalista de la mercancía más susceptible de cambiarse, por un depósito de valores de difícil cambio; por consiguiente, es el préstamo del producto más precioso, del dinero que, segun M. Cieszkowski, tiene en suspenso á todos los valores cambiables, y sin el cual se verian condenados á la inaccion; del dinero que mide, domina y